

Susana San Juan

(El mito femenino en *Pedro Páramo*)

Por José DE LA COLINA

Si toda creación se realiza en varios planos —de alguno de los cuales el creador no es por entero consciente— y si lo que generalmente tomamos por el tema de una obra puede ser sólo una de las muchas apariencias del tema verdadero, a través de las cuales el escritor nos incita a un trabajo de descubrimiento, *Pedro Páramo* puede entenderse no sólo como la historia de un cacique y del pueblo llamado Comala, sino también como la de un hombre en busca de su padre y del pasado de su madre (Juan Preciado) y la de una mujer misteriosa e inalcanzable (Susana San Juan). Releído a los diez años de distancia de su aparición, *Pedro Páramo* puede ser otro libro, una novela presidida por la obsesión de la mujer y aun por una galería de memorables personajes femeninos cuya sustancia es la del mito. Mitos colectivos y mitos individuales: mitos del mexicano y mitos propios a Juan Rulfo.

"Vine a Comala porque me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo". Juan Preciado entra en Comala. Llegada la noche, los fantasmas vienen a su encuentro, y más que los fantasmas los "murmillos", es decir, las voces desordenadas en el tiempo y traídas y llevadas como por las ráfagas de una memoria impersonal, de los difuntos habitantes de Comala. A través de la aventura de Juan Preciado —que será la aventura total del hombre según la visión del mexicano: vida, muerte y más allá— vamos a saber de la voluntad, pasión y muerte de Pedro Páramo, este enigmático personaje que es sólo una presencia en hueco, del que apenas se nos ha dicho que es "un rencor vivo", y que dejó en el mundo muchos hijos no reconocidos ("El caso es que nuestras madres nos malparieron en un petate aunque éramos hijos de Pedro Páramo").

Así pues, Juan Preciado baja a los infiernos para buscar a su padre, pero esta búsqueda es también, de algún modo, la de la madre, Dolores Preciado. La obsesión del hijo parece ser, más que ese hombre tan lejano que resulta casi abstracto, la misma madre, y se diría que el viaje a Comala, después de la muerte de ésta, responde al deseo de encontrar la imagen

viva de ella y de reunirse en su pasado. Del mismo modo que otros llevan al pecho la imagen de la Virgen o la de la mujer amada, Juan Preciado lleva el retrato de su madre: "Sentí el retrato de mi madre guardado en la bolsa de la camisa, calentándome el corazón." Este amor de Juan Preciado por su madre, toma la forma de una identificación: "Traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver." En Comala Juan Preciado encuentra el fantasma de una mujer que le dice que *pudo ser* su madre. Esta es una primera degradación de la imagen de la madre, porque *cualquier* mujer pudo ser la madre de Juan Preciado, ya que las mujeres de Comala, poseídas por Pedro Páramo, no tenían para él individualidad, no tenían alma, eran objetos de los que se servía para satisfacer su deseo e incluso su afán de poder (y este último caso es precisamente el de la madre de Juan Preciado, "Doloritas").

Esta obsesión de la madre nos lleva, acompañando a Juan Preciado, de la imagen de "Doloritas" a la de Pedro Páramo, y de ésta a la de Susana San Juan, "una mujer que no era de este mundo". Lo femenino abre y cierra este periplo.

Dolores Preciado y Susana San Juan, no son las únicas mujeres de la novela: están todas esas mujeres espectrales que recorren las calles, almas en pena que acosan a Juan Preciado con sus "murmillos" (y recordemos que el título original era, precisamente, *Los murmullos*). Está esa mujer que forma con su hermano una pareja incestuosa, porque "de algún modo había que poblar el pueblo", y que Juan Preciado encuentra desnuda, como si fueran la primera pareja humana, Adán y Eva en un arrasado Paraíso Terrenal. Es una pareja maldita, por supuesto, y está condenada a no tener hijos, esa única justificación de los amantes a ojos de la Divinidad y de los demás hombres. Y hay aún otra figura de madre frustrada (¡el tema de la madre, siempre!), Dorotea la Cuarraca, que ha servido de celestina al hijo de Pedro Páramo y que también se ha visto condenada a no engendrar: "Y mientras viví nunca dejé de creer que fuera cierto; porque lo sentí entre mis brazos, tier-



"Vine a Comala porque me dijeron que aquí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo"



"traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver"

nito, lleno de boca y de ojos y de manos; durante mucho tiempo conservé en mis dedos la impresión de sus ojos dormidos y el palpar de su corazón. ¿Cómo no iba a pensar que aquello fuera verdad? Lo llevaba conmigo a dondequiera que iba, envuelto en mi rebozo, y de pronto lo perdí. En el cielo me dijeron que se habían equivocado conmigo. Que me habían dado un corazón de madre, pero un seno de una cualquiera. Ese fue el otro sueño que tuve. Llegué al cielo y me asomé a ver si entre los ángeles reconocía la cara de mi hijo. Y nada. Todas las caras eran iguales, hechas con el mismo molde. Entonces pregunté. Uno de aquellos santos se me acercó y, sin decirme nada, hundió una de sus manos en mi estómago como si la hubiera hundido en un montón de cera. Al sacarla me enseñó algo así como una cáscara de nuez: 'Esto prueba lo que te demuestra'."

¿Pero quién es Susana San Juan? Es por ella que Pedro Páramo ha querido convertirse en el señor de Comala, en el dios omnipotente de ese cerrado universo en el que nada se le resiste, ni los hombres, ni las mujeres, ni las bestias. El cacique vive tensamente este desesperado intento de sobrepasar su soledad, de poseer en cuerpo y alma a esa mujer que ama desde la niñez. Su pasión es la pasión terrible, destructora, del amor romántico; es la pasión de Heathcliff por Catalina, en *Cumbres borrascosas*. Una pasión que ha perdido su inocencia y su paraíso en cuanto ha dejado la zona de la infancia.

La primera referencia que tenemos de Susana San Juan es cuando el niño Pedro Páramo, mientras cumple una función física groseramente terrena, piensa en la niña como un ser alto, casi aéreo, ya inasible:

"Pensaba en ti, Susana. En las lomas verdes. Cuando volábamos papalotes en la época del aire. Oíamos allá abajo el rumor viviente del pueblo mientras estábamos encima de él, arriba de la loma, en tanto se nos iba el hilo de cáñamo arrastrado por el viento. 'Ayúdame, Susana' y unas manos suaves se apretaban a nuestras manos. 'Suelta más hilo'."

"El aire nos hacía reír; juntaba la mirada de nuestros ojos, mientras el hilo corría entre los dedos detrás del viento, hasta que se rompía con un leve crujido, como si hubiera sido tro-

zado por las alas de algún pájaro. Y allá arriba, el pájaro de papel caía en maromas arrastrando su cola de hilacho, perdiéndose en el verdor de la tierra.

"Tus labios estaban mojados como si los hubiera besado el rocío.

"—Te he dicho que te salgas del excusado, muchacho.

"—Sí, mamá, ya voy."

Pero aún veremos a Susana hacerse más distante al amor y al deseo:

"A centenares de metros, encima de todas las nubes, más, mucho más allá de todo, estás escondida tú, Susana. Escondida en la inmensidad de Dios, detrás de su Divina Providencia, donde yo no puedo alcanzarte ni verte y a donde no llegan mis palabras."

"... donde yo no puedo alcanzarte ni verte..." Y toda la vida de Pedro Páramo va a ser un intento de alcanzar ese Otro que se le escapa, de ver en el fondo del alma de esta mujer que le resulta tanto más *única* en cuanto le es más *extraña*. Cuando tiene al fin en su poder a Susana San Juan, es porque, según dice uno de los "murmillos", "se la entregaron ya sufrida y quizá loca".

La primera vez que oímos el "murmullo" de Susana San Juan es cuando la novela está muy avanzada. Desde el principio Susana está aislada de todos los demás, rodeada de un clima trágico, de una soledad impuesta por la enfermedad de su madre, que aleja a los del pueblo y que le hace ver "borrosa la cara de la gente". Tras la muerte de su madre, Susana deja Comala, y Pedro Páramo crece recordándola, construyendo el vasto mundo de la hacienda de la Media Luna, avasallando al pueblo, convirtiendo la vida que lo rodea en una prolongación demoníaca de sí mismo. Y un día Susana reaparece. Su reaparición se sitúa bajo el signo de la ambigüedad: al informar a Pedro Páramo, el mayordomo Fulgor Sedano deja ver algo de equívoco en las relaciones entre Susana y Bartolomé San Juan, su padre:

"—(...) ¿Han venido los dos?

"—Sí, él y su mujer. ¿Pero, cómo lo sabe?

"—¿No será su hija?



"ha perdido su inocencia y su paraíso en cuanto ha dejado la zona de la infancia"

"—Pues por el modo como la trata, más bien parece su mujer."

El equívoco se prolonga hasta las páginas finales cuando el Padre Rentería llega a asistir a Susana, ya moribunda, desnuda en su lecho, y ésta lo confunde con su propio padre, que ha muerto. La idea del incesto y la promiscuidad, de la promiscuidad carnal y espiritual, se haya latente a lo largo de toda la novela.

Como Pedro Páramo, Susana San Juan es un ser fascinado por las imágenes obsesivas de su memoria, cercado también por un pasado en el que se sitúan unos pocos y precarios momentos de felicidad. En ese pasado está el mar y hay sol y hay la presencia de un hombre, Florencio, un hombre que por supuesto ya no existe. Pedro Páramo está fuera de ese pasado que Susana San Juan sueña con insistencia. Lo más que puede es ordenar la muerte "accidental" de Bartolomé San Juan, pero no puede sustraer a Susana de esa memoria obsesiva, fascinada, que la separa de él, que le hace ajena el alma de ese cuerpo que él contempla desde fuera, siempre desde fuera.

"Pensaba más en Susana San Juan, metida siempre en su cuarto, durmiendo, y cuando no, como si durmiera. La noche anterior se la había pasado en pie, recostado en la pared, observando a través de la pálida luz de la veladora el cuerpo en movimiento de Susana; la cara sudorosa, las manos agitando las sábanas, estrujando la almohada hasta el desmorecimiento."

"Desde que la había traído a vivir aquí no sabía de otras noches pasadas a su lado, sino de estas noches doloridas, de interminable inquietud. Y se preguntaba hasta cuándo terminaría aquello."

"Esperaba que alguna vez. Nada puede durar tanto, no existe ningún recuerdo por intenso que sea que no se apague."

En esto Pedro Páramo se equivoca, naturalmente, ya que su misma obsesión contradice esa idea. Susana puede, como Pedro, ocupar toda su vida con la evocación febril de un instante, el instante en que más cerca se estuvo de la comunión con el ser amado. Susana se ha construido un mundo en torno

a ese instante, a esa imagen del mar y el sol y el rostro de Florencio, como Pedro Páramo se ha construido un mundo con unas cuantas imágenes de su niñez, en las que está siempre Susana. Pero esos mundos *no comunican nunca*. "¿Pero, cuál era el mundo de Susana San Juan? Esa fue una de las cosas que Pedro Páramo nunca llegó a saber." Es decir, no una de las cosas, sino la más importante, puesto que ella, Susana, es la clave del mundo que él ha intentado contruir hacia fuera, ese mundo objetivo que se llama la Media Luna y Comala. El desconocimiento del mundo propio de Susana San Juan hace que el mundo de Pedro Páramo se le haga ajeno a su propio constructor. La resistencia del Otro, del único ser que Pedro Páramo no ha logrado hacer *suyo*, corrompe todo el poder del cacique, erosiona lentamente su voluntad. Cuando Susana San Juan muere, Pedro Páramo no tiene ya un sólo motivo para sostener el mundo que lo rodea y abdica de su voluntad.

"Porque fueron días grises, tristes para la Media Luna. Don Pedro no hablaba. No salía de su cuarto. Juró vengarse de Comala:

"—Me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre.

"Y así lo hizo."

Con Susana San Juan muere la voluntad de Pedro Páramo. Con la voluntad de Pedro Páramo muere Comala. No quedan sino los murmullos, la memoria colectiva reconstruyendo imágenes en el silencio, en el polvo, en el vacío...

Esta novela de la voluntad de poder, de personajes que se buscan y no se encuentran para sólo reunirse en la muerte, o mejor dicho, después de la muerte, en una sutil zona rescatada al olvido, es también, y quizá más que nada, una novela sobre el amor imposible. He aquí lo que considero su tema secreto y poderoso, ese tema que la emparenta con un libro también breve, también tenso y fascinante: *Aurelia*, de Gerard de Nerval. No creo que haya en nuestra literatura narrativa, otro testimonio así de ardiente del amor pasión, de ese amor que por su propia intensidad destruye a los amantes y los convierte en polvo,

mas polvo enamorado.